

Gregorio Guiriqués.



CAPÍTULO II

Niñez de Rosa, sus inclinaciones y el voto que hizo de virginidad.

LA INFANCIA y niñez de Santa Catalina de Sena, según refieren los historiadores, fueron tan apacibles y tan pacíficas que por esta causa muchos la llamaron, en vez de Catalina, Eufrosina, que significa graciosidad y alegría. Del mismo natural dotó Dios á Rosa en su infancia. Era quieta, apacible y graciosa, y tenía de continuo, sereno el rostro, sin aquellos porfiados llantos que tan comunes suelen ser en los niños. Era el gozo común de la casa por la afabilidad de su rostro. Observaron sus padres y hermanos que aun cuando estaba fajada y entre mantillas, nunca turbaba la quietud con voces ni quejas, ni interrumpía el silencio con lloros y lágrimas. Sólo una vez, sacándola su madre á visitar á cierta señora noble que deseaba conocerla, no pudieron acallarla hasta que la volvieron á casa: como si ya desde entonces comenzara á conocer lo que importa aborrecer la publicidad y el trato del mundo. En adelante hizo su

madre propósito al salir fuera, de no sacarla consigo, por no dar molestia á la apacible niña.

De tres años era cuando comenzaron á descubrirse en ella las muestras de virtudes verdaderamente heroicas. Fué ante todo de ánimo valeroso en padecer dolores, fuerte, sosegada, para que así fuese manifiesto á todos que á la Rosa ni la espantan ni la abaten las espinas, ni pierde con ellas su verdor, su pompa y lozanía. Para prueba de ello citaremos algunos ejemplos. Sucedió que cerrando un arca muy grande, cayendo la tapa de golpe le cogió un dedo. Al ruido del golpe acudió luego desalada su madre para ver si era grande el daño. Pero disimuló Rosa el dolor, á pesar de ser de tan pocos años, y ni siquiera lo dió á conocer exteriormente en el rostro. Al fin después de algunos días, corrompida la sangre con la fuerza del golpe, se vió precisada á manifestar lo que le pasaba. Se llamó al cirujano luego, con el fin de que reventase las materias podridas del atormentado artejo del dedo; y él usando del rigor del arte, aplicando remedios duros, arrancó casi toda la uña, y después levantó á tirones las raíces que le habían quedado, con que los dolores casi intolerables se le duplicaron á la santa. Era de ver á la niña Rosa inmóvil entre tantos sufrimientos y casi insensible entre tantos tormentos; como si no fuera suyo el dedo que padecía, ni contra quien el cruel hierro del cirujano se había armado tantas veces para destrozarle. Más que todos los que asistían á este martirio se asombraba de esta constancia Juan Pérez de Zumeta (este era el nombre del cirujano), no comprendiendo cómo una niña tan delicada podía tener valor y fuerzas entre tantos dolores. Admirábase advirtiendo que no habían sido poderosos los instrumentos con que lastimaba el dedo para sacarla un gemido; con haber sido tan largo el tiempo que duró el curarla. Ni había flaqueado con el menor ademán el rostro, ni perdido el color á vista de la lanceta que la hería y de la sangre que abundantemente corría cuando la curaban.

Aún no había llegado á cumplir cuatro años de edad cuando en el oído se le formó una postema. Fué otra vez necesario valerse de las manos del cirujano, quien después de aplicados todos los lenitivos, se vió forzado á emplear instrumentos de hierro para el remedio. Rosa entre tanto que le cortaban una parte de la ternilla, que estaba corrompida por el pus que se había aglomerado, recibió el golpe con tal firmeza, así del rostro como del ánimo, cual no tuvieron los que miraban; desmayándose de ver los surcos que hacía la navaja del cirujano. Corrían los hilos de la sangre hasta los hombros, sin causar horror ni movimiento en Rosa, aunque conocía que era suya la sangre que se desperdiciaba.

Había entrado en los cinco años cuando se le llenó la cabeza de empeines, causándola mucha molestia y grandes dolores. Su madre, deseosa de atajar el daño, dejándose persuadir más de lo manual del remedio que la ofrecían que no de lo acertado; sin atender á que debía consultarlo, aplicóla unos polvos; pero con efecto bien contrario á la salud. Fueron los que se llaman de oropimente, tan corrosivos, que iban royendo poco á poco la piel y aun la carne de la cabeza, tan cruelmente, que con ser tan sufrida Rosa, advirtieron algunos de los de su casa que de cuando en cuando la viveza de los dolores hacía que le temblase todo el cuerpo, como si estuviese azogada. Y con ser tan vehemente el tormento nunca pudo vencer su constancia para que diese un solo suspiro, que fuese indicio leve de lo mucho que padecía. Sólo pudo sacarse de ella que preguntándola su madre si le dolía y no pudiendo con verdad negarlo del todo, respondiese que sí; pero que era poco y fácil de llevar lo que sentía. Y así pasó toda una noche en la cama al lado de su madre con profundo silencio, sin moverse un punto, sin inquietarse, como si fuera de mármol; hasta que acongojada la piadosa madre, sospechando lo que ello era, quitándole al día siguiente lo más blandamente que pudo aquel mordaz

emplasto, y mirando la cabeza desnuda, se quedó aborta, viendo que estaba por una parte llena de ampollas, por otra llena de surcos con llagas profundas. Y como amaba tanto á su hija, á vista de tan horrible espectáculo, llena de lágrimas y en alta voz la dijo: «Miserable de ti, hija mía, ¿es posible que hayas podido pasar toda una noche en peso abrasada con estos polvos, que en tan mala hora me determiné á aplicarte?» Calló entonces Rosa, sin que las instancias de su madre pudiesen sacarla otra palabra más que decirle, que no habían sido muy grandes, sino llevaderos los dolores de aquel remedio. Llamado el cirujano, tardaron cuarenta y dos días continuados en curarse las llagas, hasta criar nuevo cutis en la cabeza; pasando todo aquel tiempo tormentos poco menos crueles que los que había experimentado la primera noche. Pero con ser tan prolijo el tiempo de la cura y el dolor tan prolongado, no le faltó á Rosa tal paciencia y constancia, cual á juicio del cirujano no podían esperarse ni en aquella tierna edad, ni en la más robusta y crecida del más animoso joven.

El mismo valor y ánimo manifestó Rosa á los seis años de su vida, cuando volvió á caer en las manos del cirujano, con ocasión de haberle nacido un molesto grano por dentro de las narices, que fué necesario le arrancasen la violencia y el arte. Diríase que era el natural de Rosa nacido para sufrir. Mas eran estos solamente preludios y rudimentos con que de antemano se industriaba el ánimo á tratar su cuerpo, como si fuera ajeno. Resta ahora ir delineando los penosos sucesos de la edad pueril de Rosa.

Siendo ya de cinco años, término para muchos de la infancia y principio del uso de la razón, se iban descubriendo y como amaneciendo en Rosa con alegre luz la aurora de su conocimiento, la noticia de Dios y el temor suyo, con modo admirable. Los mismos juguetes y niñerías propios de la edad le comenzaron á abrir los ojos, infundiéndole temor y reverencia de la Majestad

divina. Sucedió, pues, que jugaba con la niña Rosa un hermano suyo algo mayor de edad; éste usando de las travesuras acostumbradas (no se sabe si por casualidad ó de propósito), arrojándola lodo, manchó la hermosísima cabellera de la inocente niña. Burla era de niños y materia para reirse. Mas no le cayó en gracia á la virgen, á quien desagradaba, no tanto el poco aprecio de los cabellos, que ya comenzaba á estimar en algo, cuanto la fealdad de la mancha. Por lo que mostrando enojo y dándose por resentida, trató de interrumpir el pesado juego. A esto se opuso el hermano diciendo: «¡Oh hermana mía! si tan de veras te enojas el ver manchados con lodo los cabellos, atiende y sabe que los rizos y trenzas cuidadosamente compuestas y enlazadas de las mujeres son redes del infierno, en las cuales enredadas las almas de los poco cautos manebos, dejándose arrastrar, no paran hasta verse arrojados en los fuegos eternos; y así acaba de entender y desengañate que Dios aborrece los cabellos de las mujeres en que tú ahora pones tanto cuidado y miras con tanto afecto.» Dicho esto por modo de risa, aunque con ademanes y gesto de predicador severo, quería el muchacho volver al juego; pero las palabras habían penetrado el corazón de Rosa más hondamente de lo que pudiera esperarse de su pequeña edad, y del modo con que las dijo el predicador. No le parecían á la virgen palabras que lleva el aire, sino truenos formidables que bastarían para poner miedo á un gigante. Y así aquella alma capacísima de recibir ilustraciones divinas, en un punto concibió dentro de sí horror inmenso del infierno y de la eternidad. Comenzó también á hacer peso en su imaginación la reverencia de la Majestad de Dios. Y con mucho acuerdo ponderaba entre sí la fea infelicidad del pecado. Desde aquí, vuelta en sí misma, comenzó á tener aborrecimiento á los cabellos, á proponer firmemente no ofender jamás á Dios y á evitar todas las ocasiones de pecado, que son las que arrastran las almas al infierno. Y finalmente, co-

mo en un castillo fuerte y bien cerrado, hicieron asiento dentro de su alma la altísima estimación de lo que es Dios, el temor filial de su grandeza, el cuidado solícito de salvarse y el aborrecimiento firme de los pecados.

¿Quién pudiera esperar cosas tan grandes de lo que era juguete y entretenimiento de niños, y de un poco de lodo que salpicó el cabello? Pero con la luz de este rayo divino pasó más adelante Rosa, hasta conocer con toda claridad sus pocas fuerzas para afianzar la consistencia de las virtudes; y la necesidad que tenía de implorar siempre en su favor el auxilio divino y los socorros del cielo. Comenzó desde aquí á arder en su pecho un conato increíble de levantar el alma á Dios, con el cual pudo y supo formar un nuevo modo de oración, jaculatoria breve, reducida á estas palabras: «Jesús sea bendito, Jesús sea conmigo, amén»; llenándose de allí adelante de suavísima dulzura los labios puros y el corazón tierno de Rosa, al repetir estas breves palabras. Tanto como esto había ya ocupado por todas partes los sentidos interiores de la virgen la presencia de su Dios.

Con tan anticipadas, aunque sublimes noticias de Dios, á los cinco años sintió Rosa que la divina providencia dulcemente la disponía con claridad para que se decidiese á caminar por los senderos estrechos, por los que caminó Santa Catalina de Sena, tan grande é ilustre en la Iglesia de Dios. A su ejemplo, desde luego, también ella en los primeros pasos de tan tierna edad hizo á Dios voto de virginidad perpetua. Y después, no contenta con esto, siguiendo á la virgen seráfica, ella misma se cortó hasta la raíz los cabellos, sin saberlo su madre: para que con eso no quedase materia con que pudiese ó dejarse llevar ó arrastrar á los hombres al matrimonio; tan en ofensa del divino Esposo á quien se había ya ofrecido. Había aprendido en los juegos que tuvo con su hermano, cuán inconveniente era el conservar cabellos que pudiesen admitir mancha, y salpicarse con lodo que los afease. Este, pues, fué el

fin, no menos feliz que admirable, donde fueron á parar los dijes y los juegos de la niñez de esta virgen. Y es extraño el que la gracia se sirviese de aquellos entretenimientos inocentes para hacer comprender á nuestra virgen verdades tan importantes, como son las que se refieren al pecado, á la eternidad de las penas del infierno y á la dicha que acompaña al amor divino cuando es perfecto. No se puede pasar por alto hacer constar que los que dirigieron la conciencia de Rosa, tuvieron por cierto que estos rayos y movimientos de la gracia comenzaron á brillar y descubrirse en Rosa al mismo tiempo que llegó al uso de la razón, cuando deben los hombres ofrecerse á Dios y ordenar á Él todas sus acciones. Mas sea de esto lo que quiera, es cierto que en aquellos primeros visos del uso de la razón, no comenzó poco á poco y entre sombras á vislumbrarse la luz del conocimiento divino; sino que en un punto se halló engolfada en los resplandores del mediodía, con cuya ilustración comenzó á hervir en su corazón el amor divino. Y acertó á elegir el camino más remontado de la perfección á que Dios la llamaba. Y fué mucho más no apartarse jamás en lo restante de la vida de la senda que había tomado, no cometiendo pecado mortal, como después afirmaron sus confesores.



CAPÍTULO III

Educación de Santa Rosa

PREVENIDA é inspirada por la gracia, nuestra santa iba haciendo en la primavera de su vida los más rápidos progresos en la perfección; y merced á una educación esmerada se desenvolvían y perfeccionaban los talentos y habilidad con que el cielo la había dotado.

María de Oliva, aunque pobre, era mujer de gobierno y buena conducta é instruída en las obligaciones y deberes de toda madre de familia, sinceramente cristiana. Quizá para atender á sus necesidades, se ocupaba en enseñar á algunas niñas de calidad, que varias personas nobles entregaban y confiaban á su dirección; como se da á conocer y se colige del contexto de los hechos y ocasiones, en que se nos presenta Rosa haciendo labor, acompañada de otras niñas. Sea de esta conjetura lo que fuese, lo cierto es que ella se esmeró sobremanera en dar á su hija el más prolijo cultivo y la más esmerada educación.

Rosa descollaba en cuanto la enseñaban, y en las labores de su sexo. Denotaba ser de sólido juicio, ingenio claro, discurso vivo, natural aplicado é industrioso. Tenía feliz memoria, condición suave y dócil; cualidades que la hacían aptísima para cuanto se quería que aprendiese; y más fundándose en el firme y sólido cimiento de la humildad. Supo leer y escribir perfectamente, sin maestro que la dirigiese y sin haberlo adquirido á fuerza de un estudio molesto y continuado.

El Señor, que tanto la distinguió, le ahorró ese trabajo penosísimo para los otros niños, á fin de que nada defraudase del tiempo que necesitaba para sus ejercicios espirituales. Era muy aficionada á la lectura de libros piadosos que mejor tratan de la oración, entre los que prefería las obras del profundo, erudito y elocuente Fr. Luis de Granada; persuadiendo á otros que hiciesen lo mismo. No estrañará el portento de haber sido enseñada por el que es sabiduría eterna, quien sepa que Dios infundió al primer hombre los principios de todas las artes y ciencias, para que los participase á su posteridad; que comunicó á los Apóstoles el dón de lenguas, para que difundiesen en todos los pueblos el santo Evangelio, y que, para ajustarnos más á nuestro propósito, enseñó á leer y escribir á la insigne virgen Santa Catalina de Sena. ¿Qué mucho que reprodujese este mismo portento en su querida Rosa? Aprendió también con admirable facilidad y perfección todos los adornos y ejercicios propios del sexo femenino. Era notable en hilar, coser, bordar, tejer, hacer flores muy vistosas, parecidas á las naturales, con todo género de labores esquisitas y delicadas y con tal primor, que parecían obras de consumado artista. Se podían examinar con el mayor cuidado y admirar lo prolijo y acertado de su hechura; quedando sus labores tan limpias, acertadas y lustrosas, que se creía no haberlas tocado mano alguna.

Con igual facilidad se halló impuesta en la música, poesía y canto. De repente se la vió y oyó tocar el arpa,

la cítara y vihuela sin que nadie la hubiese instruído ni se la observase haber interrumpido el tiempo que gastaba en la oración, meditación y faenas domésticas. De estos instrumentos usaba para alabar al Señor con mayor armonía y devoción.

Poseída de ímpetu sagrado y del sublime fuego del amor divino que anidaba en su pecho, se empleaba en componer algunas letrillas en alabanza de su divino Esposo, que copiamos en el mismo estilo y palabras, que hemos tenido la satisfacción de extraer de los procesos originales. Y aunque no siempre se sujetaba á las reglas comunes del metro, como notó el R. P. Maestro Meléndez en sus *Tesoros verdaderos de las Indias*; pero ¿quién podía negarle el entusiasmo, que es lo que constituye la poesía y nutre el pecho de los verdaderos poetas? Agitada de este entusiasmo divino, no atendía muchas veces el fervor de su espíritu á la consonancia arbitraria de las voces, sino á la constante armonía de sus afectos.

Solía tomar la cítara, y pareciéndola que nadie la oía, sin atender á los que entraban y salían entonaba sus amorosas composiciones con angélica voz, en honor de su dulce dueño. Levantaba hacia Él su espíritu, admirando la infinita dignación con que su celestial Esposo la miraba; haciendo resonar los ecos con esta dulce canción:

¡Ay Jesús de mi alma,
Que bien pareces
Entre flores y rosas
Y olivas verdes!

Ahí reconocía la suprema bondad, la que no se desdenaba de Rosa, cuyo padre se apellidaba Flores y su madre Oliva.

Sucedíole alguna vez faltarle al instrumento las diez cuerdas; y con todo Rosa tocaba la cítara, atenta tan sólo al canto, que hacía consonancia con la interior melodía de su alma. Era tan aficionada al canto nuestra Rosa, que tratando de este punto con uno de sus

más sabios confesores, le decía: «Quitarme á mí el cantar, es quitarme el comer.»

Su rara cordura, asiento y prudencia, con sus demás virtudes crecían y ganaban tierra cada día. Guiada de la reflexión más madura, á nadie molestaba con quejas ó con la relación importuna de sus males y trabajos, habiendo pasado muchísimo desde su niñez. De aquellos que la perseguían, se apartaba como muda, sin decir palabra en su defensa. Máximas que observaba cuidadosamente á imitación de varios santos, cuyas vidas había leído, siendo su último recurso, en tales casos, encerrarse en su aposento, y desahogarse con su acostumbrado canto. Cuando se veía precisada á corregir y reprender, se mostraba más suave, blanda y agradable. Era tanta la persuasión y el singular arte de insinuarse, que no parecía pedir sino obligar, ni dejaba casi libertad para reusarle cosa alguna. Todo esto causaba gozo, cautivando á propios y extraños; de manera que parecía imposible conocer á Rosa sin amarla.

Cuando apenas tenía cuatro años, suplicaba encarecidamente á una pequeñuela indígena llamada Mariana, coetanea suya, con quien se criaba, y confidenta de toda confianza, que la cargase con adobes, troncos nudosos y pesada cruz para hacer penitencia; con cuya carga tan pesada recorría el recinto de su huerta cayéndose y levantándose á imitación de Cristo cuando caminaba hacia el Calvario.

Tenía Rosa el rostro ovalado, sereno y apacible, pelo rubio y abundante, frente despejada, ceja arqueada y cordoneada; ojo grande y negro; nariz afilada; mejillas rosadas; boca muy chica; barba prominente; manos blancas, pequeñitas y bien torneadas, y regular estatura.



CAPÍTULO IV

Admirable obediencia de Rosa. Piedad y solicitud con que asistió á sus padres.

EN el concurso de dos preceptos, al parecer encontrados, donde por una parte era justo honrar padre, y madre, y por otra conveniente atender más al servicio de Dios, que al gusto de los hombres, aunque sean padres, fué necesario en muchas ocasiones todo el ingenio y la agudeza de Rosa, para obrar de modo que no ofendiese á ninguno. El celestial Esposo tiraba hacia sí el ánimo de la virgen, á quien había escogido y guiado por sendas particulares de perfección, no conocidas al corto juicio de los mortales. Por el contrario su madre, no experimentada en los primores del espíritu, quería reducir á sus órdenes á la inocente hija, pronta y dispuesta á obedecer en todo. Quería la madre que se entregase la virgen á las pompas vanas y burlerías del siglo; que usase de galas, y se introdujese en la celebridad del mundo. Entre estos dos apremios tan distantes entre